

OBRAS *esenciales* reúne tres volúmenes de textos dispersos de Foucault: *Entre filosofía y literatura*, que recoge trabajos de los años de formación (1954-1970), en los que también vieron la luz *Las palabras y las cosas* y *Arqueología del saber*; *Estrategias de poder*, con textos de los años setenta, en los que trabaja en *Vigilar y castigar* y, por último, *Estética, ética y hermenéutica*, que recupera artículos y trabajos posteriores a 1978. Hay que dar la bienvenida a esta recopilación de textos y no sólo porque facilita la labor del interesado en la obra del pensador francés, sino porque pone a disposición del público trabajos preparatorios, aclaraciones o primeras intuiciones que reciben confirmación o retractación en sus libros más renombrados.

En la primera parte se incluyen las incursiones de Foucault por la literatura y el psicoanálisis y su preocupación por el límite del pensamiento y lo impensable, si puede decirse así: la locura, la muerte, lo distinto y heteróclito. La transgresión. Lo discordante. Lo impensable sustitu-

MICHEL FOUCAULT, *Obras esenciales*, traducción de Miguel Morey, Julia Varela, Fernando Álvarez Uría y Ángel Gabilondo, Paidós, Barcelona, 2010, 1095 pp. ISBN 978-84-493-2428-4. (*Dits et écrits*, 1994)

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 1
2013/1
ISSN 2255-2022

ye, de esa manera, a lo arquimédico y exacto. En este contexto surge su inveterado interés por lo sexual y por el proceso de su desnaturalización a partir de la domesticación cristiana del instinto. La atención de Foucault a lo sexual procede también de su atracción por lo prohibido y, precisamente por ello, analiza sutilmente el proceso de liberación de la sexualidad en el mundo contemporáneo, conectándolo con la muerte de Dios. Ésta rompe el dique de nuestra existencia –fractura el límite de lo ilimitado- y nos conduce hasta el abismo de lo prohibido. También paradójicamente la muerte de Dios coincide con la muerte del sujeto.

En ese pensar lo prohibido son importantes las formas de lenguaje, ya que la expresión de la transgresión se coordina con el momento de su aprehensión. Podría uno preguntarse con Foucault si el lenguaje filosófico sigue siendo propicio como forma narrativa. No se ajusta, en cualquier caso, el fin de una forma expresiva con el fin de la filosofía: “no se trata –explica-, del fin de la filosofía.



Sino más bien del fin del filósofo como forma soberana y primera del lenguaje filosófico”. ¿No estaría aquí la razón fundamental del fin del sujeto que proclama su filosofía, es decir, no tendría en el fondo una razón de ser gramatical? De nuevo, en sombras, Nietzsche y la muerte de Dios.

El pensador francés ha comprendido que la indiferencia con respecto al autor –al sujeto gramatical- desplaza el foco de atención, alumbrando el funcionamiento de las prácticas discursivas desde las cuales opera justamente el sujeto, es decir, se constituye de forma funcional. Da cuenta de ello, de una manera más ordenada, tanto en *Las palabras y las cosas* como en *La arqueología del saber*, donde explica las condiciones contextuales de aparición de los discursos.

La reflexión filosófica actúa, para Foucault, como nodo de una red, al igual que el poder, que interconecta, pero también explica, las relaciones de carácter superestructural. Pensar la transgresión, ya sea desde el pun-

“Hay que dar la bienvenida a esta recopilación de textos porque pone a disposición del público trabajos preparatorios, aclaraciones o primeras intuiciones que reciben confirmación o retractación en sus libros más renombrados”

“No se trata del fin de la filosofía. Sino más bien del fin del filósofo como forma soberana y primera del lenguaje filosófico”

to de vista literario o estrictamente filosófico, es lo que conduce a Foucault al fenómeno del poder gracias a la evidencia de que no hay cultura ni sociedad que no instale la prohibición, como tampoco que no conlleve cierto tono, a veces velado, atrabiliario. El interés de Foucault ha sido, pues, instalarse del otro lado del límite, con el fin de desenmascarar las estructuras de poder que dan sentido al tiempo que coartan. De ahí que la segunda sección de estas obras fundamentales lleve por título *Estrategias de poder*.

En un ensayo capital para entender a Foucault, *Vigilar y castigar*, el pensador francés intenta apostarse al otro lado del límite. Tanto el delincuente como el loco son excluidos del sistema. Ahora bien, la Modernidad ha producido lo que Foucault denomina “desbloqueo tecnológico de la productividad del poder”. En este sentido, resulta imprescindible descubrir el rostro productivo del poder, pues éste no se ampara exclusivamente en la prohibición: produce y forma y consolida. Es muy con-



veniente la metáfora de la red, ya que el poder se torna ubicuo y transparente en la medida en que no anula la vida, sino que también la hace posible.

El poder es un fenómeno constituyente que funciona con exclusiones, pero que ofrece sentido inmanente al ámbito fundado. Por ello es tan difícil enfrentarse a él; de ahí que sea tan difícil localizarlo en la medida en que sus puntos de apoyo se encuentran allí donde menos se piensa —de nuevo, la inmediatez de lo impensable—. La evolución del poder, sin embargo, le hace proclive a apropiarse de la exclusión y de la prohibición misma: se enmascara como terapia, como control y reforma, a ello alude su mecanismo tanto en el ámbito penitenciario como médico.

“La verdad es de este mundo; es producida en este mundo gracias a múltiples imposiciones y produce efectos reglados de poder. Cada sociedad posee su régimen de verdad, su ‘política general de la verdad’: es decir, define los tipos de discurso que acoge y hace funcionar como verdaderos; los mecanismos y las instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos o

falsos, la manera de sancionar a unos y a otros; las técnicas y los procedimientos que son valorados en orden a la obtención de la verdad”

explica el pensador francés en un texto que puede sintetizar las ideas principales de su obra.

La red del poder, que vincula la imposición a diversas formas, como el saber, produce una suerte de politización totalizadora del discurso, también del filosófico. No sería exagerado, por ello, ver la obra de Foucault como una forma política omnicomprendensiva, que nos alarma ante el saber interesado, que nos desvela la multiplicación infinita de las estructuras represivas. ¿No es una forma de poder también la anulación discursiva de un discurso, la réplica, la contradicción? “La esencia de nuestra vida [cuando habla de vida, ¿no debería decir Foucault de todo?], está hecha, en último término, por el funcionamiento político de la sociedad en la que nos encontramos”. Como hemos señalado, la forma proteica de poder hace que se reduplique, como en un juego de

“Pensar la transgresión, ya sea desde el punto de vista literario o estrictamente filosófico, es lo que conduce a Foucault al fenómeno del poder gracias a la evidencia de que no hay cultura ni sociedad que no instale la prohibición”

“No sería exagerado, por ello, ver la obra de Foucault como una forma política omnicomprendensiva, que nos alarma ante el saber interesado, que nos desvela la multiplicación infinita de las estructuras represivas”

espejos. Y nada mejor que la alusión a lo especular, teniendo en cuenta que Foucault mismo definió nuestra sociedad como un panóptico, en su triple referencia: el poder como vigilancia, como control y también como corrección. No es de extrañar que Foucault también mostrara interés por el fenómeno de la biopolítica.

En la última parte del volumen, *Estética, ética y hermenéutica*, se recogen trabajos e ideas que se incorporan en la *Historia de la sexualidad*. Lo principal es entender que el cristianismo no ha funcionado históricamente como impulsor de las prohibiciones sexuales; éstas ya existían con anterioridad en el mundo romano. Pero el cristianismo, según Foucault, lo que aportó fue una nueva modalidad de técnicas de imposición de las prohibiciones: la obediencia, la confesión como procedimiento de acceso a la interioridad, por ejemplo.

Son muchas las cosas que el intelectual contemporáneo puede apreciar en la obra de Foucault; a mi juicio, una de las más importantes es la capacidad creativa para

“Como continuador de la sospecha, Foucault es imprescindible para atajar esa «cosa tan enigmática, a la vez visible e invisible, presente y oculta, inmersa en todas partes, que se llama poder»”

hacer frente a las formas estructurales de poder, aquellas que, como indicábamos, se encuentran donde menos se piensa. Pero la lectura de sus obras deja sobre el lector un cierto abatimiento. ¿No provendrá este, como insinúa Foucault, de que aunque atisbamos la presencia del poder, todavía no hemos identificado –si se puede emplear esta expresión, empleada, pues, en sentido lato- donde se encuentran sus formas? Como continuador de la sospecha, Foucault es imprescindible para atajar esa “cosa tan enigmática, a la vez visible e invisible, presente y oculta, inmersa en todas partes, que se llama poder”.

José María Carabante